

ALFREDO GANGOTENA
{EL HOMBRE}

En estos últimos días hemos tenido la muy placentera oportunidad de escuchar importantes intervenciones sobre la obra y la vida de nuestro gran poeta y excepcional ser humano, Alfredo Gangotena.

Queden registrados nuestros sentidos agradecimientos al Señor Claude Couffon, maestro de conferencias de la Sorbona; a la Doctora Doña Adriana Castillo Berchenko, autor de una exhaustiva tesis sobre Gangotena, presentada, defendida con brillo y publicada en la Universidad de Perpignan; a la Embajada de Francia en Quito y sus altos funcionarios y, particularmente, al Señor Michel Pedrosa, Consejero de esa Embajada, cuyo entusiasmo e inteligente persistencia han contribuido a la realización de este encuentro cultural, muy grato, por cierto, para nosotros los ecuatorianos.

De parte mía, debo también expresar mi reconocimiento por haberseme incluido en compañía tan distinguida, sin más mérito que aquel de haber tenido el privilegio de ser uno de los pocos amigos íntimos del poeta, apenas en sus dos o tres últimos años de vida, y conservar indeleble admiración por su obra. En realidad, entrecruzadas ausencias hicieron que esa amistad se consolidase tan sólo en el decurso de aquellos cortos años postreros y en esta ciudad de Quito.

Por eso las reminiscencias que me propongo despertar ante vosotros y las referencias que me permitiré citar, tienen su fuente, más que en experiencias vividas junto al poeta, en las personales deducciones interpretativas que fluyeron de algunas conversaciones mantenidas con Alfredo Gangotena, hace ya casi cincuenta años. Obviamente, tan vieja memoria habrá de verse sujeta a las imprecisiones y hasta a los errores propios del tiempo que pasa y no perdona.

Las valiosas disquisiciones e interpretaciones sobre la obra poética de Alfredo Gangotena y algunos aspectos de su vida, que aquí se han expresado, con profundidad y conocimiento, nos han impulsado a meditar y a remozar la seducción que su arte provocó en todos cuantos lo leímos y tratamos de comprenderle. Esta circunstancia nos ha enriquecido. Y es por ello por lo que no será exagerado reiterar nuestro agradecimiento a los idóneos portadores que nos han traído desde Francia el mensaje enriquecedor, que viene a levantar los pesados cortinajes que habían caído de ha tiempo sobre el olvido. Sobre el imperdonable olvido.

Trataré, por mi parte, de esbozar ante vosotros, muy brevemente, una semblanza del ser humano y el amigo que cobijaban al poeta, tal como le conocí, le admiré y le quise. Considero que esos aspectos humanos son los que permiten privilegiar ciertos valores irremplazables como la comprensión, la tolerancia y la verdad.

En la parte baja de la amplia casona familiar, situada en el centro de la urbe, Alfredo había adaptado, para su uso exclusivo, un pequeño apartamento de dos o tres piezas, que le servía de estudio y reclusión y en donde solía recibir, semanalmente al anochecer, un pequeño grupo de amigos. Que yo recuerde, solíamos ser infaltables y más o menos puntuales el pintor Alberto Coloma Silva, el cirujano Doctor Manuel Moreno Tinajero, el fino poeta, aunque inédito, José

Eastman Lasso, el talentoso psiquiatra Jorge Escudero Moscoso, además de otros asistentes, quizás no tan asiduos, mas no por ello menos acreedores al afectuoso y cordial recibimiento: ese era el caso, por ejemplo, del inolvidable filósofo Juan David García Bacca, del inteligente y muy apreciado médico doctor Elías Gallegos Anda o del economista y culto profesor Eduardo Riofrío Villagómez. (Todos fallecidos). A ello habría que añadir la aparición, de cuando en vez, de su hermana Fanny y la de alguna dama muy cercana al afecto del poeta, que aportaban gracia y jovialidad.

La pequeña sala en la que nos reuníamos era de una burguesa banalidad, con excepción de la presencia de buena parte de la biblioteca de Alfredo, con admirables ejemplares, en su mayoría de literatura francesa, que abarcaban todas las épocas: desde Villon hasta Eluard. Adornaban las paredes una que otra litografía de Manet o Rousseau y un buen retrato de nuestro huésped hospedador, pintado por Alberto Coloma.

Las veladas solían transcurrir en amenas charlas sobre temas generalmente literarios, en lecturas, en recitaciones, en comentarios y, alguna vez, en escuchar partes de una sobresaliente colección de discos, en la que, aparte de la buena música, se destacaban algunas traducciones de Shakespeare, recitadas en francés por artistas franceses de excepcional calidad.

De mediana estatura, Alfredo Gangotena vestía con decorosa sencillez, libre siempre de todo exceso. Su salud deficiente y su especial alergia al frío le obligaban a recibirnos, en las frescas noches quiteñas, arropado en variadas lanerías multicolores. Y se había construido un curioso aparato inhalador del que no se desprendía y cuyos aromáticos efluvios inspiraba con religiosa periodicidad.

La figura y el aspecto de Alfredo habrían podido pasar desapercibidos por comunes y corrientes, a no ser por la acerada e incisiva expresión de su mirada y las inflexiones de su voz que podían recorrer, según el tema y la circunstancia, la escala que va desde una entonación suave y melodiosa hasta las súbitas notas agudas proclives a sorprender e, inclusive, a desconcertar.

Alfredo era un ser melancólico, acosado por la añoranza y la incomprensión. El abismo intelectual y anímico que se interponía entre él y los miembros de su más cercana familia, -con la excepción quizá de su hermana Fanny - le compelián a un aislamiento taciturno y dolorido. Tanto más cuanto que esa incomprensión se extendía a lo ancho y a lo largo de una buena mayoría de la intelectualidad conciudadana de aquel entonces que no quería, o no podía, comprender al escritor, que consideraba, despectivamente, "extranjerizante" y "afrancesado". En efecto, el criterio que primaba en los cenáculos literarios era el de que sólo era concebible la poesía que se expresase en la lengua materna y oficial, y siempre que llevase, inclusive, el sello de un nacionalismo criollo y, casi siempre, quejumbroso.

Sin embargo, la compleja urdimbre espiritual de nuestro poeta le hacía acreedor de ciertos rasgos de carácter que ennoblecían su personalidad y mal podían ser aprehendidos por quien, sin haberle conocido, ha de juzgarle tan sólo por sus versos. Su natural introversión no le impedía exhibir, de tarde en tarde, un agudo sentido del humor a la vez que una consternada admiración y respeto para con los humildes y los desposeídos, con quien compartía

cordialidad y afecto en sencilla y muy humana relación. A menudo sorprendía a sus amigos recibiéndonos, por ejemplo, disfrazado del personaje de alguna fábula que procedía, desde luego, a recitar con infantil y bulliciosa alegría. En cambio, en alguna ocasión le vimos caer de hinojos, con seria compostura, ante el desconocido y modesto artesano que encontrara por casualidad en su camino, para expresarle un emocionado: ¡ **Bendito Seas...**! Amigo de los niños, se divertía y jugaba con ellos contándoles historietas que inventaba al azar, apoderándose, así, de su fascinación y de su afecto.

No obstante, Alfredo era tímido; no de aquella timidez que podría confundirse con un complejo de inferioridad o menos valer, sino de aquella que es atributo de almas sensibles y va de la mano con la delicadeza espiritual, con la mesura, con el comedimiento y con el respeto que se otorga a los demás, para ser respetado. Su discreción y su modestia eran ilimitadas: ni ante sus íntimos amigos aludió nunca a circunstancias personales que, sin embargo, habían marcado seriamente algunas etapas de su existencia. Su vida sentimental, su matrimonio, su divorcio, sus malestares, sus problemas anímicos, su enigmática relación poético-amorosa con la poetisa Marie Lalou, fueron secretos todos guardados celosamente en un hermético silencio. Sus confesiones, - si las hubo, - habrán quizás de buscarse hurgando en sus poemas, que, a veces, revelan jirones de su intimidad, a pesar de las complejas claves que encubren sus metáforas. Tampoco le escuchamos mencionar, verbigracia, la generalmente elogiosa correspondencia que había mantenido con tan consagrados poetas y escritores como Max Jacob, Cocteau, Supervielle, Michaux, Artaud, Maritain, Claudel y probablemente algunos otros. Sólo pudimos conocer una que otra de estas cartas, que descubrí y pude fotografiar por mera casualidad, bastante tiempo después de su muerte. Su intrínseco pudor y su recato le llevaban, inclusive, a referirse, a veces, a su poesía con apelativos que implicaban cierto desdén: a David García Bacca le dedica su extraordinario poema **Tempestad Secreta** con el calificativo de "*esta desvergüenza*" y, en el ofrecimiento que me hiciera de su angustioso libro **Absence**, asigna a su obra la denominación de "*ces lamentations petit-nègre d'un petit- (petit!)- fils - de Hamlet.*"

Días antes de su tránsito, le habíamos solicitado que nos hiciese un análisis y nos proporcionase una explicación de su poema **Perenne Luz** que considerábamos difícil y no poco impenetrable. Accedió gustoso y esa fue la oportunidad para la última velada amistosa que hubo de realizarse en una sala de la propia clínica en la que, al día siguiente, debía ser operado de apendicitis, dolencia iniciadora de su trágico viaje sin retorno.

Para la enjundiosa exposición con que nos regaló aquella tarde, había traído consigo unos pocos apuntes que fueron recogidos, bautizados y publicados, años después, con el solemne título de **Hermenéutica de Perenne Luz**. A pesar del singular interés documental que tienen esas anotaciones, podemos afirmar, con certeza, que nuestro poeta no supuso que pudiesen ser entregadas a la publicidad, a la que indudablemente nunca pretendió destinarlas.

Al cabo de escasos días, Alfredo Gangotena puso término a las cortas décadas de su mundano destierro, en una lluviosa noche de diciembre de 1944. Su hermana Fanny, - único miembro de su familia íntima presente en ese trance, - profundamente preocupada, nos pidió, a Pepe Eastman y a mi, que tratásemos de encontrar y traer a un párroco, conocido de todos, de apellido Pólit, amigo de Alfredo, que, - según ella, - sería el único sacerdote que su

hermano accedería a recibir, dada la renuencia que ya le había expresado el enfermo. Era el Padre Pólit hombre alegre, cordial, inteligente y dicharachero, de copla fácil, guitarra al hombro y copa en mano, muy querido de Alfredo a quien retribuía cálida amistad y afecto. Nuestra apresurada búsqueda del fraile aquella noche fue infructuosa y, ante el reiterado ruego de Fanny de Mouradian, tuvimos que despertar y conducir a la clínica a un sacerdote francés, designado por ella, cuyas actividades, inmediatamente posteriores a su llegada, no constan en mi memoria.

Breves instantes antes de expirar, el poeta-ingeniero expresó a los dos amigos que nos encontrábamos al pie de su lecho, que sentía frío y calor al mismo tiempo y añadió que ese problema sólo podía resolverlo la muerte.

Al cabo de medio siglo de un olvido desatento, vaya para él en este día nuestro rejuvenecido saludo en un haz de recuerdos: único homenaje suficientemente limpio que a los muertos podemos ofrendar.

Espíritu singularmente recatado y esquivo para con la vida, hizo noblemente de la soledad su compañera luminosa y triste. Le entregó en plenitud su aspiración de infinito, siempre en lucha con su cotidiano bregar. Enamorado de sus encantos, mantuvo con su Amada interminables coloquios en lenguaje penetrante y traslúcido. Ella, fiel y generosa, creó en su derredor el más extraño y codiciado de los mundos al que el espíritu puede aspirar: el de una imperturbable, sutil, vibrante ensoñación.

Por eso Alfredo, el solitario, vivió su corta vida presa de larga e intensa fiebre: fiebre del alma que le mantuvo inmerso en perenne inquietud en pos de la verdad estética y metafísica, que el común razonamiento no alcanza a columbrar:

*Cerrados ojos de densidad obscura,
Atentos siempre al brote por donde transige el alma,
La soledad os junta en totalidad incluso de tiempo y
persistencia;
Mi sangre, de hito en hito, se consume en la visión
suspensa de vuestro ardor.*

Heidegger dice escoger la obra de Hölderlin al proponerse mostrar la "esencia de la Poesía", porque los versos del genial alemán "mantienen constante la determinación poética de hacer poesía de la esencia de la Poesía". Bien habría podido Gangotena prestar los suyos para igual menester ya que cumplen ampliamente tal precepto, y aún aquellas cinco "sentencias-guía" que, para el filósofo germano, desentrañan la esencia de "esa tarea de entre todas la más inocente".

La inquietud de Hölderlin y la de Gangotena tuvieron, en efecto, análoga raíz que es, a la vez, principio y fin, objetivo, fundamento y suprema aspiración: la trascendencia. Poesía dura la de entrambos, da la impresión de constituirse en un instrumento horadante del misterio del SER que, a veces, en impetuoso grito, exige la eliminación de todo obstáculo, incluyendo aquel que el poeta encuentra en la propia limitación interior:

*Las razones de la vista: aparecen consiguientes las
llanuras, el cárcavo de las selvas.
Encendidas aves, romped de vuelo mis cristales;*

*Las consabidas alas de este mirar,
La luz nascente que en soledades llevo a los más altos
ayes,
Juntadlas de vez segura ya en su común medida, en su
cenit secreto.*

y, en veces, extenuado, implora con dolorosa sumisión: 3

*¡ Abrid de juntas, de par en par las puertas,
Y las alas tiernas del encuentro, abridlas !
De llegada me sorprenden tu latido,
Las urgencias consabidas de la noche.*

La soledad y la angustia conforman, pues, los dos polos en torno de los que giraba el mundo poético de Alfredo; lo cósmico y el YO, a fin de no dejarlo nada al acaso ni exento de escrutinio. De ahí la órbita que describió su espíritu: una de las más etéreas de cuantas recorre, de tarde en tarde, el humano ingenio. Por eso menos visible y comprensible al común entendimiento que aquella a la que, en veces, ha pretendido elevarse uno que otro emperejilado "poeta" para que unos pocos secuaces puedan bostezar, - que no suspirar, - en las noches de luna.

Singular y alto dignatario en el universo del pensamiento, nada hería más la penetrante sensibilidad de Alfredo que la soez grandilocuencia de los mediocres. Y los confundía irremediadamente, con su imperturbable lógica, servida por una cultura no nada común.

Porque nuestro poeta era humanista a toda prueba y estudioso de las ciencias exactas, por añadidura, en cuyo ejercicio había transitado hondo y largo.

Las matemáticas afloraban, a menudo, en el tono y en los conceptos de su expresión. Desde Euclides a Einstein, pasando por Pascal y Descartes, se enriquecía con un concepto, casi tangible, de infinito, con una singular facultad de concisión y de síntesis, con un método estricto y, a la vez, una gran capacidad de análisis; todo lo cual le creaba un extraordinario poder de abstracción.

Alfredo conocía y había estudiado intimamente a los clásicos, - y con singular fascinación a los clásicos franceses, - ánfora de la que solía escanciar una tozuda seguridad de juicio, reñida con la fatua improvisación. Sabía que no hay poetas ni poesía sin un profundo acervo de conocimientos y una tenaz disciplina del espíritu. Odiaba el acaso, el tanteo, el diletantismo. Por eso era tan modesto y tan humano. Desdeñaba las inútiles discusiones que a nada conducen y nunca trató de colocarse en el primer plano de nuestras consabidas francachelas "culturales". No pronunciaba conferencias ni aparecía en los diarios de la localidad. Su erudición distaba muy lejos de constituir un fin exhibicionista de la vida: era, apenas, el indispensable certificado de aptitud para emigrar a los dominios de lo imponderable y elevarse impelido por su tremenda fuerza interior.

De ahí que su arte no se atuvo a torcidas intenciones ni se empañó revistiéndose de bastardo proselitismo para corear dudosas tesis de moda: fue, y es, puro y pleno en demasía para sonrojarse de aparecer desnudo, a zaga únicamente de la belleza y la verdad. Y Alfredo dudaba de sí porque sabía y sentía mucho, e infinitamente más que aquellos que insistían en desconocerle o envidiarle,

integrantes, por lo general, de la consuetudinaria petulancia, muy convencida de su propia bazofia. Se podría decir que los dejaba pasar a su vera, sin sufrir contagio alguno, aunque, a veces, solía rebelarse suavemente, en su recóndito monólogo, que ellos no pudieron comprender:

*Escuchadme pues,
Vosotros sabios licenciados en gramáticas y en
leyes:
Hay verdaderos preceptos en mi destino,
De los que vuestro ceño estudioso
Nunca sabría descifrar los arcanos,
Sopesar los rigores.*

A más de la antigüedad clásica, reforzaba los cimientos del arte de Gangotena su amorosa dedicación a las expresiones del espíritu latino y, por ende, universal: Francia, España, Italia, en polícroma trilogía mediterránea. Lo sajón sólo existía para él por obra y gracia de nuestro Señor Shakespeare. Y Shakespeare existió, sobre todo, por Hamlet que Alfredo releía y recitaba, diariamente, en el crepúsculo: hermano legendario, atormentado y sangrante, ningún pariente ideal pudo haberle sido más afín.

Aparte del insigne dramaturgo, Gangotena transigia con uno que otro; así Edgar Poe cuyo genio le cautivó por su inflamada imaginación y su empeño en entremezclar ciencia y poesía; aunque, quizás también pudo influir en esa especial simpatía, la conmiseración y afinidad que despertaba en Alfredo el éxodo desgarrado del poeta de El Cuervo.

Empero, fue Francia la motivación fundamental de Gangotena y el campo de su intensa pasión. En París dio sus primeros pasos:

Con el alma ahita, a tientas...

Y es en la Ciudad Luz donde recogió aquellos pocos años de felicidad y encantamiento, de los que nunca le abandonó la nostalgia. Y conservó, en permanencia, el anublado recuerdo de los arrebatos, de los atractivos, del asombro mas, también, de las angustias de la mocedad que transcurrió en una insegura búsqueda de su propia identidad y en las vivas ansias de libertad que, finalmente, culminaron con su maravillado encuentro con la auténtica Poesía, cuyo ejercicio había cultivado desde muy temprana edad. Esta circunstancia le llevó, sin duda, al convencimiento de que en ella se hallaba su posible redención.

En aquel entonces se iniciaron y prosiguieron las ávidas lecturas que le abrían anchas puertas hacia su nuevo y deslumbrado encuentro. Villon y Ronsard, Racine y Molière se unieron, en su mente, a la jovial gravedad de La Fontaine, para desembocar, más tarde, en el romanticismo que, curiosamente, constituyó la primera desilusión literaria de Alfredo. A trueque de violentar la metáfora, se podría decir que no quiso aceptar el cambio del laurel por lo que consideraba mera hojarasca sensiblera y verbal. En tal virtud, guardó para con Victor Hugo, entre otros, una especie de repulsión inmutable.

Pronto convino, sin embargo, en que se iba ganando en libertad y veracidad de conceptos y expresión; se echó, de bruces, en la segunda mitad del siglo diez y nueve y principios del veinte y, al margen de escuelas de variados nombres, vino entonces Alfredo

Gangotena a anclar en dársena contigua a la de los más altos poetas de vanguardia; y empezó a trasigar *en lo remoto y lo escondido* con ese su entrecortado decir en versos a menudo más de mágico y, a veces, brutal sortilegio, que de pedestre intención literal. De allí su parentesco espiritual con Max Jacob, Supervielle y Michaux.

En España, los días le quedaron cortos a Alfredo para permitirle penetrar *en totalidad incluso de tiempo y persistencia*, pues, al parecer, no es fácil recoger y asimilar los violentos contrastes peninsulares por el mero hecho de llevar sangre hispana y hacer uso de su lenguaje. Sin embargo, Santa Teresa fue su cepa española, con aquel **Castillo Interior** que Gangotena convirtió, para sí, en *moradas de cal viva*... Y profesaba para con el culterano Don Luis de Góngora admiración y respeto por su audacia en evadirse de las normas y el decir de su mensaje en figuras raudas e intrincadas, no menos incomprensibles, en su época, que las recias metáforas de Alfredo Gangotena en la suya.

Su retorno a la Patria y su reencuentro con nuestras majestuosas y ásperas montañas andinas produjeron en Alfredo y su mundo poético una revulsión arrebatadora, que le llevó a cantar y a gritar la grandeza y el horror de las cimas, los torbellinos, los cataclismos de una naturaleza indómita y, para él, despiadada y aterradora, que:

*... agita sus alas pujantes
En la vagabunda y fulgente corteza del relámpago.*

Alfredo ubicó, pues, su espíritu, con rigor tesorero, en latitudes de la belleza y el conocimiento son inseparables y, así equipado, vivió y sufrió sus versos, desnudos y eternos, en "nocturnas salas" insondables iluminadas por la "perenne luz" de su alma:

*¡Oh! mía de mis años
Las plazas cementadas, los caminos, las edades,
¡Cuánto he recorrido en virtudes de tu imagen
trascendente.
Como holanes de rocío en torno de tantas frondas
agostadas,
Mil rumores de tus sienes prevalecen en mi espíritu.*

Un amor sobrehumano suele estar con la muerte en contacto pertinaz y febril. Alfredo la presintió y la encontró en todos los recodos de su amorosa senda, en cada uno de los vértices de su excelsa geometría, en su soledad y en sus "recintos"; en todo aquello que constituyó el campo sin horizontes de su activa misión, - misión de poeta, - que posiblemente consiste en atestiguar, en dar fe de lo que el hombre ES:

*Tanto soy y más la brizna de saturada espina,
A cuya sed perenne se acrecientan los desiertos...*

Bien lo sabía Supervielle al enviar a Gangotena su quejumbroso y nublado mensaje de alivio:

*(Podemos hablar de dulzura, nosotros los que
conocemos las cosas terribles,
Y caminamos, siempre en contacto más o menos estrecho
con la muerte)*

Decidido, con impresionante antelación, al definitivo encuentro con lo incognoscible, cuyo fascinante misterio había escrutado con mística atención, Alfredo Gangotena vivió muriendo lentamente su vida, cargado de un escepticismo sin esperanza, pues que ni en el "más allá", en los extraordinarios feudos de aquel "*príncipe de innumerables plantas y llanuras*", encontrará, en última instancia, algo más que un cúmulo de ruinas, pese a su empuje, tenso hasta lo inverosímil:

*Sangre adentro y de soslayo iré por consiguiente,
Como van las tempestades,
Hacia aquel país cerrado a toda mente,
País de Khana, cuando al paso, en las sales densas
de la muerte,
Habré de hallarte,
Toda en escombros, ciudad de Balk.*

Las invocaciones a Dios, los ruegos al Señor que claman algunos de sus poemas, no son, por cierto, prueba necesaria y suficiente para desmentir el escepticismo que le acompañó. Fueron, acaso, tan sólo adicionales voces de su angustia que no encontraba la salida: Contradictorios tormentos espirituales que tienen una recóndita raíz hispánica.

Gangotena coincidía con Hebbel al creer que "*no hay otra revelación de lo divino que el arte*". No es aventurado afirmar que esta máxima resumía su concepción de la estética al par que de la metafísica porque tiende a eliminar, en un clima luminoso y tranquilo, todo estado de conciencia que pudiera aherrojar el espíritu y obstar su libre vuelo hacia lo más puro y lo mejor: "*la conciencia es improductiva; ilumina, pero no crea nada. El hombre engendra la obra de arte como la madre al hijo*". Y porque en este concepto está la génesis está quizás también implicada la muerte, que acaso podría concebirse como un renacer en algún "*imperio transparente*" como aquel del que nos habla el Fedro de Valéry.

No creo correr el riesgo de un excesivo atrevimiento al aseverar que Alfredo Gangotena y los pocos de su especie son seres poseedores de un espíritu tallado en puro cristal de muchas facetas, gracias a cuyos reflejos la humanidad, de tarde en tarde, se redime del cautiverio en que la mantienen la espesa mezquindad y las pasiones mediocres.

(ESCRITO Y DICHO POR CARLOS TOBAR ZALDUMBIDE EN "ART-FORUM".- QUITO, ENERO 14 DE 1993.- COMO PARTE DEL "HOMENAJE A GANGOTENA" ORGANIZADO POR LOS SERVICIOS CULTURALES DE LA EMBAJADA DE FRANCIA, ALIANZA FRANCESA Y LIBRI-MUNDI.)